

Ya tu sabes, James

Mi zanca Henry James recomienda buscar una fisonomía femenina para darle frescos a la existencia y lo más lógico, al seguir su consejo, es ponerle fin a mi encierro, porque en la mañana el cuarto se vuelve una lumbreira. Después, sólo basta con esperarlo en la parada del camión, es chofer de El Sabor violeta, un autobús muy chévere, con buenas bocinas, música genial; además, transita por las facultades de la universidad, ahí es donde se agarran las mejores nalgas para cotorrear a gusto. No faltan amigas en el asiento trasero: negras y juguetonas. Lo mejor de todo es que en los urbanos no hay ninguna posibilidad de que Aidé me encuentre; ella viaja en taxi.

El claxon de El sabor violeta rompe mis pensamientos.

—Epa, James, ¿qué show?

—Nada, primito, nada. Súbete que la cabeza caliente no piensa.

—¿Va bien la chamba?

—No, parna. Aquí lo único bueno son las cervezas —dice pasando la última lata de su six—. El día está de la chingada —limpia el sudor de su calva.

Al primer trago el mundo se vuelve un oasis.

—¿Y el librito qué dice, Viterbo? Se me hace que estás ton-teando nomás. Ora hacer un libro. Ponte a trabajar, a darle

dinero a la nena. Se va ir, cabrón. Las chicas no quieren letras. Ya tú sabes, papi.

Bebo para no disertar sobre mi novela, pero la vista del James termina por arrancarme unas palabras.

—Simón, parna. Va tirado, tendido y como que quiere darme alegrías el noveleo.

Vamos por la Costera. Yo dejo que la brisa me toque. Supongo que visto desde afuera parezco uno de esos perros que viajan en autos de lujo, con la lengua en la ventanilla.

—Mira, Viterbo, si jalamos morras no voy a sacar ni lo de la cuenta y está cabrón. La family no tiene varo pues.

—No se agüite, con una negra que mueve bien el bote se van las penas, ¿qué no, mi James?

Y en El Sabor violeta suena el reggaeton a todo volumen. La voz de Daddy Yankee atrae los mejores culos, los sacudidores, los que anuncian tardes llenas de sudor ajeno. Estamos en el centro del ligue. Suben muchachas de buen ver. Bebo más para animarme. La cerveza ya está caliente, pero debo fingir que aún sabe deliciosa. Una mujer grandota de cabello largo y chino me sonrío. Vas, Viterbo, vas, pienso. Así que le invito un trago levantando la lata.

—Te tardaste, mi loco —dice y se acomoda junto a mí.

Noto que sus nalgas cubren por completo el asiento. La imagino desnuda, con sus piernas de caballo encima de mis hombros. Su sexo debe oler agrio, fuerte. Divina la negra.

—¿Te avientas un rol conmigo?

—Si me invitas una caguama sí, loco —responde la diosa.

Sus dientes grandes aparecen por primera vez; los labios gruesos, rojos, de verdad que emocionan a cualquiera. No creo que nadie aguante quince minutos dándole duro a esa boquita sucia y majestuosa.